

«El sumo torturador estará satisfecho con ésta». Vestía como una monja, con una cota de mallas debajo, aunque fuese incorrecto llamarla santa. Más bien era una asesina de hombres y monstruos. Arrastró a Dominique dentro de la iglesia rural tirando de las trenzas de su cabello con una malevolencia sin par entre ciertos Cainitas.

«Lo hará. Aunque ésta está fría como una trucha, ¿verdad?». Su acompañante, un inquisidor calvo con toda la santidad de una seta venenosa, la asió por el brazo para ponerla en pie. Dominique dejó que tiraran de ella. Los inquisidores se sorprendieron al percatarse de cuán alta era y de cuán fuerte era su complexión.

«Demasiado fría», dijo la monja, sus ojos abiertos de par en par. «iEs un demonio!». Alzó un crucifijo y retrocedió.

«¿Te gustaría que fuera así? Pues no», respondió Dominique, mostrando sus colmillos y con ojos enloquecidos. «Ningún demonio. Sólo muerte».

Devoró a los inquisidores, una pérdida de tiempo quizás, pero debía hacerse. Entonces, completamente saciada, se volvió hacia el altar y, con una bolsa que llevaba justo con ese propósito, envolvió en un paquete el libro que había escondido justo debajo de la Biblia, tras lo cual se apresuró hacia las puertas con la esperanza de eludir una segunda oleada de inquisidores cuando éstos descubrieran que una patrulla había desaparecido.

«Y es por decreto del Príncipe que todos los vasallos de la corona menores de cincuenta y ocho años comiencen a pagar una pinta adicional en concepto de tasa mensual. Recaudaré personalmente este impuesto o tributo a partir de mañana por la noche. Comunicadlo a vuestras amistades, pues el desconocimiento de la ley no es excusa», anunció el Chiquillo favorito del Príncipe, un hombre que se hacía llamar el Duque, en una sala abarrotada con la corte principesca. Si uno solo de ellos hubiera tenido menos de cien años habría sido toda una sorpresa.

Y quizás por eso hubo murmullos de sorpresa cuando Abuelita Penne se levantó, encorvada a un lado a causa de la degeneración de músculos y cartílagos en la mitad de su cuerpo. «No está bien. Cumplir esta nueva ley es injustamente sesgado e imposible. Es inhumano hacerle eso a los Chiquillos de esta ciudad. No puede promulgarse, ¿Dónde está vuestro Sire para responder por ello? ¿O se trata de otra lettre de cachet en blanco?».

El Duque frunció el ceño y avanzó. «¿Cómo os atrevéis?», bramó. «¿Tenéis idea de con quién estáis hablando?».

«¿Y vos?», le respondió ella a su vez.

«Esta anciana es vuestra Antigua, Duque», anunció la Arpía con cierta diversión, echando leña al fuego.

«Alguien debería llamar a la Sheriff», sugirió un miembro de la misma prole que el Duque, más joven y sabio, y los oficiales salieron corriendo.

«Esta miserable no es MI Antigua».

«Soy vuestra Antigua, rapaz, y la Antigua de vuestro Sire. Si no fuera por la bondad de mi corazón, os mataría simplemente porque me molestáis. Debierais agradecer al Cielo mi humanidad».

Y, en ese momento, el Duque alzó a Penne por el cuello y la arrojó a través de las puertas.

«Apenas hay horas de noche y cada año se acortan más». La Gangrel se abrió paso a través del espeso sotobosque entre un par de árboles y arrancó a correr. Sus músculos temblaban y le hormigueaba la piel. Toda ella deseaba cambiar; la Bestia clamaba contra su corazón, exigiendo sucumbir al desenfreno. Miró por encima del hombro. El gran cuervo negro que había sido su compañero desde hacía ya una década estaba posado sobre una rama con un paquete entre las garras de su pata izquierda.

Cedió al impulso. Tiempo atrás, había hecho un pacto con el monstruo en su interior: puedes correr, y ya saldremos de Caza cuando esto haya acabado. Escalofríos de placer recorrieron su cuerpo desde los huesos hasta la piel cuando tuvo lugar el cambio. Su piel humana se fundió y se convirtió en cenizas al contacto con el aire. Sus largas y oscuras trenzas cayeron, y al retirarse piel y cabello mostraron un brillante pelaje gris como si siempre hubiera estado allí, justo debajo de la piel. Sus huesos se doblaron y rompieron mientras corría, haciéndola caer adelante sin apenas perder el paso al convertirse en un gran lobo gris que olía a sangre. El dolor era exquisito y, tan pronto como sus aguijonazos empezaron a desvanecerse, ansió ya el siguiente cambio. Dominique y su Bestia corrieron como si fueran uno hacia Londres. El cuervo permaneció sobre su percha en el ahora distante árbol.

«¿Cómo os atrevéis siquiera a llamaros Cainita?». El Duque, un título que él mismo se había otorgado, golpeó el vientre de Penne dos veces más con una bota de acero. «No engañáis a nadie con la mierda ésa de que sois más santa que nadie, vieja».

Si el Duque no hubiera sido el Chiquillo del Príncipe, habría sido más sensato. La mujer a quien golpeaba, que recibía pasivamente los golpes que él le propinaba una y otra vez, lo aventajaba en varios siglos de edad. Pero los hijos del poder rara vez ven el conjunto.

«No tiene sentido discutir con un animal», dijo, al final, incorporándose sobre manos y rodillas. Algunos de los cortesanos habían formado filas para observar la pelea. No para pararla, por supuesto, sino para verla y fingir que estaban consternados. Alguien se rió entre dientes cuando la anciana llamó animal al Duque, y éste se tornó rojo mientras rabia y Vitae recorrían su cuerpo haciendo que los músculos se volvieran acero y la Bestia se sintiera acuciada.

«iLevantaos!», le gritó. «iLevantaos y luchad de verdad! ¿Queréis convertiros en una especie de mártir? iNadie cree en vuestra santidad, vieja! iVuestro Camino es una mentira! iUna muleta para los débiles!». Se le quebró la voz mientras gritaba y una espuma sanguinolenta apareció en la comisura de sus labios.

«Los asuntos del alma deben confundir y aterrorizar a quienes ya han vendido la suya, supongo». Se incorporó sobre las rodillas y se oyeron entonces algunas risas. Para la corte, era lo más divertido que había sucedido en mucho tiempo. La Arpía del Príncipe remarcó que Penne debiera acudir más a menudo.

«¿iIntentáis que os mate!?», rugió el Duque. Un agente de la Sheriff dio un paso al frente, pero ésta lo detuvo, negando, grave, con la cabeza.

Los arbustos ubicados al oeste, cuidadosamente podados, estallaron en una lluvia de hojas y ramas, y dejaron ver un poderoso lobo gris que avanzó dos pasos hacia la pelea.

Al verlo, Penne se alzó. «No, pero espero que lo intentéis». Abrió sus brazos hacia él, como si se ofreciera abrazarlo. «¿Lo tienes?», se dirigió entonces al lobo mientras el Duque arremetía contra ella.

«iNo os atreváis a ponerle un dedo encima al chico! Conocéis las leyes», gritó la Sheriff a Penne, o quizás al lobo.

Tras unos escalofríos y un gemido de placer se desprendió el pelaje de la Gangrel, quien se alzó a partir de un ovillo con forma humana. «Debería llegar en cualquier momento».

El Duque cargó contra Penne y, a la luz de los titilantes faroles del exterior, estaba más que claro que no era él quien gobernaba su cuerpo. Había entrado en Frenesí. El golpe que le propinó a la anciana la apartó diez pasos, pero esta vez ella permaneció en pie, como si la caída de antes hubiera sido intencionada. «iNo puedo mantenerlo entretenido mucho más, Proscrita!».

«Mirad, anciana, éste era vuestro plan». Dominique crujió el cuello y miró en dirección a los hombres de la Sheriff que se le acercaban. Ésta negó una vez con la cabeza y dejaron de avanzar. «Podría comérmelo para hacerte un favor», bromeó la Gangrel, y de entre los cortesanos surgieron algunos resuellos que fingían sorpresa.

«Que Dios te ayude, amor». El Duque cargó de nuevo, pero cuando alcanzó a la anciana ésta se había desvanecido.

«iLa tenéis detrás!», gritó la Arpía, y el Duque se giró para ver que la anciana estaba a diez pies de distancia detrás de él, pero sin intención aún de atacarle. Penne lanzó una mirada a la Arpía. Él sólo hizo una mueca ante su crueldad y ella puso los ojos en blanco.

Un pájaro negro rebasó la línea de los árboles, con sus enormes alas tapando la media Luna por un momento. Voló en un amplio círculo y se posó en el brazo de Dominique, ahora extendido. «iAquí estás!». Acarició el pico del ave y ésta graznó.

«Se comporta así porque lo malcrías. Nunca llega a tiempo». De nuevo, Penne se desvaneció para que el Duque no pudiera aferrarla. Aulló como un animal y el cuervo le respondió con un graznido, amenazante.

«¿Por qué no os concentráis en evitar que os partan en dos?», gritó Dominique a la par que tomaba el paquete del ave. «¡Eh, Cassandra! El premio que ansiabais». Lanzó el paquete al aire y de entre las sombras apareció una figura, tomó el paquete, y desapareció. La Dama del Lago nunca se demora. «Hora de irse, abuelita».

«Sin duda», dijo Penne. Desapareció nuevamente y se desvaneció, sólo que esta vez no volvió a aparecer.

Dominique alzó su brazo y el ave alzó el vuelo. Hizo entonces una elegante reverencia ante la concurrencia de tal manera que dejó bien claro que la punta de sus dedos terminaban en afiladas garras. Nadie intentó seguirla al retirarse y abandonar los terrenos de la corte.

Quizás era un error reunirse con Dominique cuando quedaba una hora para el amanecer. Podría haberlo demorado una noche más, pero habían llegado a un acuerdo. Y Penne no solía retractarse de su palabra.

«Vinisteis», remarcó Dominique, caminando en círculos. La Luna se había desplazado lento por el cielo y el pequeño calvero en un bosque a las afueras de Londres era oscuro como la pez salvo por el distante y plateado rayo de luz. «Dejad que lo entienda. ¿Fuisteis a la corte para que ese imbécil se enfrentara a vos y así pudierais mantenerlo ocupado mientras yo me deslizaba a Londres con vuestro paquete? Podrían haberos matado».

Penne sacudió la cabeza. «Tampoco tengo tanto miedo de los hijos del poder. No había ningún otro lugar donde poder encontrarme con Agnes a salvo. Y entregarle el paquete en público de ese modo implica que todos saben dónde está. Eso es importante».

Dominique detuvo sus pasos. «No veo por qué».

«Ni tienes por qué verlo. Hiciste tu trabajo, y lo hiciste bien.»

Dominique resopló. «No hice nada gratis. Tomaré mi pago». Avanzó de repente, acercándose a Penne veloz como si la muerte le pisara los talones. La anciana no opuso ninguna resistencia mientras la Gangrel se abalanzaba sobre ella.

Tras un momento, compartieron el Beso, y la Gangrel aulló de felicidad mientras bebía ansiosa la Sangre de su Antigua. Poco después, Penne la apartó. Pocos hubieran podido hacerlo.

«Tu adicción acabará por matarte». Penne prefería susurrar los consejos importantes, como si esperara que nunca le hicieran caso.

«No es una adicción, sino una motivación. Y me dará las fuerzas que necesito para derrumbar todo esto una noche de éstas.»

«Llámalo como quieras». Penne se alzó del suelo, mientras Dominique rodó sobre su espalda, sonriendo a las estrellas. «Te causará igualmente la muerte».

«O a vos. Pero no esta noche, creo». Se hundió, quedando enterrada bajo el suelo.

Penne suspiró. «No. No esta noche». Abandonó el calvero para regresar a la ciudad subterránea de Londres y contemplar las ondas que causaría la piedra que había lanzado esa noche.